

BENDICIONES MÚLTIPLES

Cómo sobrevivir exitosamente
con gemelos y sextillizos

JON *y* KATE GOSSELIN
Y BETH CARSON



Vida®

La misión de Editorial Vida es proporcionar los recursos necesarios a fin de alcanzar a las personas para Jesucristo y ayudarlas a crecer en su fe.

BENDICIONES MÚLTIPLES
Edición en español publicada
por Editorial Vida -2009
Miami, Florida

© 2009 por Katie Gosselin y Beth Ann Carson

Originally published in the U.S.A. under the title:

Multiple Blessings

Copyright © 2008 by Katie Gosselin and Beth Ann Carson

Published by permission of Zondervan, Grand Rapids, Michigan.

Traducción: *Dr. Miguel Mesías*

Edición: *Madeline Díaz*

Diseño interior: *Cathy Spee*

Adaptación de cubierta: *Leo Pecina*

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. A MENOS QUE SE INDIQUE LO CONTRARIO, EL TEXTO BÍBLICO SE TOMÓ DE LA SANTA BIBLIA NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL. © 1999 POR SOCIEDAD BÍBLICA INTERNACIONAL.

ISBN – 978-0-8297-3759-2

CATEGORÍA: VIDA CRISTIANA / FAMILIA

IMPRESO EN ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA
PRINTED IN THE UNITED STATES OF AMERICA

09 10 11 12❖6 5 4 3 2 1

Contenido



| | |
|--|-----|
| <i>Introducción</i> | 9 |
| 1. La calma antes de la tormenta | 11 |
| 2. No hay nada mejor que esto | 19 |
| 3. Nuestra decisión, nuestro destino | 31 |
| 4. ¿Qué hacemos ahora? | 43 |
| 5. El arduo trabajo del reposo | 53 |
| 6. Conmoción en los medios de comunicación | 69 |
| 7. Conteo descendente hasta seis | 75 |
| 8. Nuestros frágiles pero enérgicos luchadores | 87 |
| 9. Desplazados, juntos | 99 |
| 10. No hay lugar como el hogar | 121 |
| 11. ¿Quiénes son todas estas personas? | 129 |
| 12. Dolores de crecimiento | 155 |
| 13. De mudanza | 185 |
| 14. De día en día | 193 |
| <i>Diario de Kate</i> | 203 |
| <i>Reconocimientos</i> | 207 |
| <i>Fotos</i> | 209 |

Introducción

¡**A**l revisar las páginas de este libro, que contiene las vivencias de Jon y mías, todavía no puedo creer que se trate de nuestra propia vida! Han sido necesarios estos últimos pocos años para entender e interiorizar que este es en verdad el plan de Dios para nosotros. Y cuando echamos un vistazo atrás, nos damos cuenta de la asombrosa responsabilidad que se nos ha dado. Con nuestros hijos menores casi cumpliendo cuatro años, todavía experimentamos retos a diario. Sin embargo, hay algo más, sabemos que somos muy bendecidos y que todos estos niños, nuestras bendiciones múltiples, así como las lecciones que hemos aprendido por medio de ellos, son mucho más satisfactorias que los sueños que jamás pudiéramos haber imaginado.

¡Gracias, Cara, Madelyn, Alexis, Hannah, Aaden, Collin, Leah y Joel por el privilegio de ser sus padres!

—Kate Gosselin
Mayo del 2008

1

La calma antes de la tormenta

Confía en el SEÑOR de todo corazón,
y no en tu propia inteligencia.
Reconócelo en todos tus caminos,
y él allanará tus sendas.

PROVERBIOS 3:5-6

Nuestra primera salida, si se le puede llamar así, no marchó según el plan. Como la mayoría de las muchachas, había soñado con el día en que conocería a mi esposo, tendría hijos, y me establecería para vivir una vida feliz por siempre. Sin embargo, a diferencia de la mayoría de las jóvenes, tenía un plan de acción para realizar mi sueño, y este no incluía enamorarme de un extraño en un paseo campestre cualquiera de la compañía. Había sido una planificadora toda mi vida, y me enorgullecía mucho cuando mis planes se desarrollaban justo como mi larga lista de cosas por hacer y mi calendario detallado al minuto, indicaban que debían desenvolverse.

Así que cuando un futbolista de veinte años atravesó como si nada un amplio espacio de hierba verde mientras estaba sentada debajo de un toldo comiendo y conversando con amigos, traté de no dejar que mi mirada se mantuviera fija en él por mucho tiempo. Yo estaba allí para acompañar a mi amiga, no para buscar a alguien con quien salir. No obstante, este muchacho no estaba enterado de mis planes, y al parecer no le importó mucho fijar sus ojos en mí.

Después de pasarnos la tarde deambulando el uno cerca del otro, lanzándonos miradas furtivas y luego volviendo la vista con rapidez, Jon finalmente se acercó como al descuido hasta donde me encontra-

ba parada sosteniendo en mis brazos a una primorosa recién nacida de olor agradable que permanecía envuelta en una frazadita rosada suave. «¿Vas a permitir que alguien más cargue a esa bebita?», preguntó, extendiendo sus manos hacia el delicado envoltorio que sostenía en mis brazos.

Ahí fue cuando supe que quería saber más acerca de este encantador y amigable muchacho asiático que, como yo, parecía derretirse a la vista de un bebé de 10 libras con un gran potencial aún en ciernes. Tuvimos esa inexplicable buena química que parecía electrizar el aire que nos rodeaba, por lo que no pude evitar bajar la guardia. Parece algo ridículo ahora, pero esos primeros momentos de descubrimiento fueron muy divertidos y estuvieron libres de preocupaciones.

Me quedo asombrada cuando me doy cuenta de cuánto presagiaba ese momento para los dos. ¿Quién hubiera adivinado en ese instante que Jon y yo, dos extraños en ese tiempo, pasaríamos juntos incontables horas de nuestras vidas entregándonos a otros bebés —los nuestros— el uno al otro?

Apenas seis breves meses después de ese paseo campestre, Jon, que nunca puede guardar un secreto por mucho tiempo, sacó un reluciente anillo de diamantes de su bolsillo y me pidió que fuera su esposa. ¡Quedé extasiada y de inmediato acepté! No obstante, con el mismísimo próximo aliento, vino a mi mente mi lista... mi larga lista. Como ve, tal vez yo había alterado en algo mi carácter para enamorarme de un extraño en el parque, pero todavía era esa muchacha con un plan de acción. Necesitaba una lista, a decir verdad, muchas listas. Eso complementaba mi obsesiva necesidad de ser organizada. Tipo A, hazte cargo, ponle un rótulo, y que el trabajo esté terminado... esa soy yo. No pasó mucho tiempo antes de que todos los que iban a intervenir en los preparativos de nuestra boda tuvieran una lista de cosas para hacer: el que proveería la comida, la florista, las damas de honor, y sí, incluso Jon. Yo estaba decidida a planear todo detalle de nuestra hermosa boda al aire libre.

El 12 de junio de 1999, en un atractivo y fragante jardín en Wyomissing, Pennsylvania, la ciudad natal de Jon, él y yo reunimos a un centenar de nuestros amigos más íntimos y parientes para empezar nuestra vida juntos. Nuestro día especial no podía haber sido más per-

fecto: veinticinco grados centígrados bajo un cielo azul tan claro como el cristal. Al mirar de nuevo las fotografías de ese día, a menudo me pregunto lo que cada uno de nosotros habría hecho si alguien nos hubiera dicho que en menos de cinco años seríamos los orgullosos padres, no de uno, ni de dos... ¡sino de ocho hijos! Felizmente, en ese momento nos sentimos entusiasmados y contentos de volver a nuestro tranquilo departamento rentado como el señor y la señora Gosselin, para soñar acerca de nuestro prometedor y, debo añadir, bien planeado futuro.

La vida de casados fue todo lo que me había imaginado y más. Éramos jóvenes, saludables y ambiciosos, y no pasó mucho tiempo para que la fiebre de tener bebés se nos contagiara. Sin embargo, aunque por mucho tiempo había querido ser mamá, una pregunta obscura perenne acompañaba mi sueño: «¿Qué tal si no puedo?». Ese hostigante pensamiento se intensificó tan pronto como descubrí que tenía una enfermedad llamada síndrome poliquístico en los ovarios. Básicamente, eso quería decir que no ovulaba, ni un ápice, jamás.

Jon y yo quedamos devastados. Nos preocupamos y oramos, luego lloremos y oramos un poco más. Parecía



El día de nuestra boda: 12 de junio de 1999.

que la familia que habíamos anhelado no iba a formarse, por lo menos no de la manera tradicional. Me sentí vacía, traicionada y quebrantada; como si alguien me hubiera jugado una broma pesada y robado todos mis sueños cuando no estaba mirando.

No soy dada a sumirme en la autocompasión. Soy una persona emprendedora. Denme un obstáculo, y voy a hacer todo lo que pueda para superarlo. Con una nueva determinación y nuestros ojos puestos en la meta, Jon y yo tomamos la difícil decisión de buscar la sabiduría de un especialista en infertilidad.

Cuando pensaba en los especialistas en infertilidad, me imaginaba a médicos encantadores, eruditos, con toda clase de pociones para hacer bebés a su disposición. Aunque no quiero quitarles ningún crédito a todos esos maravillosos doctores a través de todo el mundo que han dedicado su vida para hacer que los sueños de la maternidad se hagan realidad, debo decirles que no es nada divertido visitar a los especialistas en infertilidad. El proceso al que nos someten es doloroso, riesgoso, y a veces nos parte el corazón. Sin embargo, el milagro que ellos ayudan a realizar bien vale la pena cada segundo.

Como cristiana creo en el Salmo 139:16, que dice que nuestros días están diseñados antes de que siquiera hayamos vivido uno solo de ellos. En otras palabras, sabía en mi corazón que Dios ya había ordenado con exactitud si mi bebé a la larga vendría, así como cuándo, dónde y cómo, mucho antes de que yo pusiera un pie en ese ajetreado consultorio médico. Creía que el médico había sido puesto en mi camino simplemente para hacer que se cumpliera el destino que mi Dios ya me había asignado.

Transcurría el mes de enero del 2000. Habíamos sobrevivido a las muchas predicciones fatales que pendían sobre ese marcador trascendental del nuevo milenio, y ahora esperábamos con ansias saber si las dolorosas inyecciones que había soportado durante dos semanas habían dado resultado. La droga, si tenía éxito, haría que mis ovarios se estimularan, y por consiguiente ovularía. Se me advirtió que los riesgos incluían producir más de un óvulo, lo que podría resultar entonces en más de un bebé.

Después de nuestro primer intento, Jon y yo enfrentamos la desilusión cuando menstrué justo a tiempo ese mes. Me sentí triste y asustada,

sin mencionar que estaba sufriendo por los efectos de tanta fluctuación hormonal, pero decidimos que íbamos a ser persistentes. Queríamos tratar de nuevo.

Solo unos pocos días antes del final de mi próximo ciclo, decidí dar el paso y llevé a casa una prueba de embarazo. Una vez más. Incluso a pesar de que no me había atrasado. En algún rincón muy dentro de mí esperaba que después de ver el indicador blanco neutral tantas veces, las probabilidades estarían a mi favor, y que un día, por algún milagro, esa condenada ventanita aparecería rosada. Cuando una mujer está tratando de quedar encinta, y en especial si ha sufrido al atravesar las espantosas pruebas de la infertilidad, de alguna manera algo tan sencillo como ese diminuto rectángulo al final de un pedazo de plástico contiene todas las promesas de las esperanzas y los sueños del futuro.

Ese día en particular me había despertado alrededor de las cuatro de la mañana para ir al baño. Me hice la prueba, y luego, todavía medio dormida, la puse encima del lavamanos y regresé a mi cama calentita. Fue muy raro que no permaneciera en ese pequeño y frío baño, yendo y viniendo, esperando mientras los minutos pasaran hasta que, como tantas veces antes, pudiera leer los temidos resultados. Más bien, fue una hora más tarde, cuando me levanté a prepararme para ir al trabajo, que recordé verificar la prueba. ¡No podía creer lo que veían mis ojos! ¿Podía ser que en realidad estuviera rosado? Pensé que tal vez el brillo de la luz fluorescente estaba jugándome una broma, así que llevé la prueba a la luz natural de la madrugada cerca de la ventana del baño. ¡Todavía se veía rosado!

Sin saber si gritar, llorar o pellizcarme para comprobar que no estaba soñando, corrí y sacudí a Jon. «¡Jon, Jon! Despiértate. ¿Te parece esto rosado?». Estoy casi segura de que un hombre normal al que su querida esposa despierta sacudiéndolo para ponerle una varita plástica bautizada con orine bajo su nariz a las cinco y media de la madrugada, exigiéndole un análisis de color, tal vez tendría unas pocas palabras escogidas para decir. Pero Jon no. Él saltó de la cama y encendió la luz del clóset para examinar más de cerca la ahora santificada varita.

«Me parece rosado, Kate». Eso es todo lo que necesitaba oír. Me dispuse a prepararme para ir a mi trabajo, pero a cada momento me

detenía a mirar la hermosa mancha rosada. Casi ya atrasada para el trabajo, salí corriendo por el pasillo esgrimiendo la varita que predecía mi futuro en el aire con una mano y empuñando las llaves del auto con la otra. Cuando estaba a punto de cerrar la puerta del frente, oí desde nuestro dormitorio al final del corredor un exuberante: «¡Eso es!»

Todavía sin querer creer por completo que la varita en verdad estaba rosada, procedí a mostrársela a cualquiera y a todas las enfermeras interesadas en el trabajo ese día. Razonaba que con toda certeza una clínica llena de empleadas con una buena educación y experiencia podría decirme si un ligero matiz rosado significaba algo o no. Por último, al final de mi turno, llamé a mi doctora, la cual me dijo: «Pues bien, ¿qué estás esperando, Kate? Ven para hacerte un examen de sangre al instante. Te espero».

«Ella va a esperarme», pensé. «¡Qué bueno!».

La espera cobró un significado totalmente nuevo mientras permanecía sentada junto al teléfono más tarde en casa, casi sin respirar. De pronto el teléfono timbró, y respirando hondo y con manos temblorosas, me llevé el auricular a la oreja. ¡El resultado era positivo! Lancé un grito de victoria y luego sonreí muy contenta, dándome cuenta de que desde ese momento en adelante mi vida cambiaría para siempre. Estaba encinta.